

Sofistas en Atenas del s. II d.C.

Suele repetirse, como opinión común, que las ciudades de Asia Menor son asiento principal de las escuelas¹, modalidades de elocuencia y oradores que integran el movimiento literario conocido como «Segunda Sofística» floreciente desde la última porción del s.I d.C. hasta la mitad del III. Basta para afirmarlo la enumeración de los propios nombres de los sofistas y de las ciudades que los acogían². De entre ellas, Esmirna y Efeso reúnen a oradores eximios y el mayor número de alumnos, procedentes de todos los lugares del imperio romano. Sin embargo, durante el siglo II Atenas no queda atrás respecto de las ciudades de Asia ni en la calidad de enseñanzas de sus escuelas, ni en el número de sofistas distinguidos que las imparten y deleitan con sus declamaciones públicas, ni siquiera en la grandiosidad y belleza de las realizaciones de toda índole debidas a la munificencia del más egregio de sus sofistas. Sobre la contribución de la profesión sofística a este protagonismo de Atenas podrían tener algún interés ciertas consideraciones que se desprenden de las *Vidas de los Sofistas*, de Filóstrato, nuestra fuente básica para el conocimiento de la Segunda Sofística.

El conjunto de sentimientos y tendencias que propicia el denominado renacimiento griego en época imperial es arcaizante, como desde siempre se ha afirmado. Todo arcaísmo, por definición, supone un giro hacia el pasado. En Gre-

¹ Ultimamente, e.g., G. Michenaud, *Les rêves dans les discours sacrés d'Aelius Aristide* (Université de Mons, 1972). «En Asia y en esta época se sitúa el apogeo del movimiento conocido bajo el nombre de Segunda Sofística que agrupa el conjunto de actividades literarias bajo la égida de la retórica».

² Cf. G. W. Bowersock, *Greek Sophists in the Roman Empire* (Oxford 1969) cap. II.

cia, indefectiblemente, «la admiración por el pasado va unida a la admiración a Atenas»³. Las obras de sus trágicos, historiadores, comediógrafos, filósofos y oradores se sienten como herencia de todos los griegos. Del mismo modo, la historia de Atenas salvadora de Grecia frente al Medo, y los acontecimientos hasta la muerte de Alejandro, se interpretan como lo más glorioso del pasado común. Dado que la educación y formación de los jóvenes helenos, tiene, desde Isócrates, una base esencialmente literaria, todos los griegos, incluidos (o tal vez especialmente) los habitantes de las ciudades helenizadas de Asia, cuando rebrota más fuerte la nostalgia por el pasado vuelven su espíritu hacia Atenas. Se tiene una comprobación inmediata al repasar los temas de las declaraciones sofísticas, al enumerar los autores elegidos como modelos por los cultivadores de todos los géneros, al mencionar el aticismo imperante en la lengua literaria.

Filóstrato, como los demás sofistas y escritores, como los romanos cultivados, es presa de la atracción renovada de Atenas. Allí⁴ se establece después de peregrinar por ciudades del imperio durante algún tiempo formando parte del séquito ilustrado de Julia Domna⁵. Escribe las *Vidas de los Sofistas* en Atenas, como obra de creación literaria que sirve de vehículo a sus juicios sobre el estilo oratorio de los sofistas célebres, ordenadas *grosso modo* cronológicamente en una sucesión donde tiene lugar preeminente el más ilustre de los sofistas, ateniense por añadidura, Herodes Atico⁶, y su escuela. Atenas es el escenario en el que con frecuencia reiterada aparece la actividad de los profesores de elocuencia instalados en la ciudad en escuelas privadas o cátedras oficiales, las animadas exhibiciones de los declamadores llegados a Atenas desde otras ciudades, la interesante vida estudiantil. Emerge en las *Vidas* marcadamente el grupo de

3 Cf. E. L. Bowie, 'Greeks and their Past in the Second Sophistic', *Past and Present* 46 (1970) 28.

4 Una inscripción ha confirmado que fue estratego en Atenas en 220. cf. G. W. Bowersock, *Approaches to the Second Sophistic* (Pennsylvania 1974) 3.

5 La emperatriz siria esposa de Septimio Severo, muerta en 217.

6 Elio Aristides queda muy por debajo de Herodes, al parecer, en su apreciación.

sofistas prestigiosos formados por Herodes y el de los que recibieron sus enseñanzas por intermedio de estos últimos. Varios eligieron más tarde a Atenas para intalar allí su escuela y algunos, venidos de lejos, reposan allí para siempre. En las *Vidas de los Sofistas*, que llega a resultar una historia de la sofística en el mundo griego de la primera época imperial, hay un núcleo primordial de convergencia, Atenas y Herodes Atico. Ambos, la ciudad y el hombre, se nos hacen patentes a lo largo de la obra de modo ineludible. Filóstrato es el cronista del fenómeno más notorio en la nueva grandeza de Atenas y de su más conspicuo representante ⁷.

De los sofistas biografiados son escasos los que no tienen algún tipo de relación con Herodes y menos aún los que carecen de conexiones con Atenas. En el Libro I están las biografías de *Marcos de Bizancio* que soluciona un pleito entre atenienses y megarenses, enojados «como si acabara de promulgarse el conocido decreto contra ellos y no consentían la presencia de aquellos en los juegos ístmicos menores» ⁸; la de *Loliano de Efeso*, ciudadano de Atenas, arconte encargado de avituallamientos y primer catedrático de retórica ⁹; las de los cuatro maestros de Herodes, *Favorino de Arles*, *Escopeliano de Clazomenas*, *Polemón de Laodicea* y *Segundo de Atenas*. El Libro I se cierra aquí como si fuera todo él una preparación a la biografía de Herodes que inicia el Libro II. Encabeza la serie de alumnos de Herodes Atico la biografía de *Teódoto de Melite* (discípulo de Escopeliano que no dejó de oír a Herodes) seguida ¹⁰ por las correspondientes a *Aristocles de Pérgamo*, *Elio Aristides de Adrianópolis* (oyente también de Aristócles), *Adriano de Tiro*, *Cresto de Bizancio*, *Pausanias de Cesarea*, *Ptolomeo de Naucratis*, *Rufo de Perinto* y *Onomarco de Andros*. Los discípulos di-

7 Sería banal achacar la preponderancia de Herodes, sus alumnos y Atenas en las *Vidas* a la mera facilidad para adquirir sus informes en el lugar en que habitaba. La tradición no desautoriza a Filóstrato.

8 I 24 p. 529. Actualizando el pasado reverdecen las ilusiones de libertad estos súbditos de Roma.

9 De la cátedra municipal. Cf. I. Avotins, 'The Holders of the Chairs of Rhetoric at Athens', *HSCP* 79 (1975) 313 ss. El orden en la sucesión no es siempre seguro, porque, además, hay dudas sobre si se trata en cada caso de la cátedra municipal o la imperial. Entendemos que no había una sola.

10 En orden discontinuo.

rectos de Herodes transmiten, a su vez, sus enseñanzas. Salen de la escuela de Aristocles, poco más joven que Herodes, *Atenodoro de Eno* (que también oye a Cresto), *Evodiano de Esmirna*, *Rufo de Perinto* (discípulo, además, de Herodes), *Heráclides de Licia* (que recibe formación de Adriano, de Cresto y tal vez del mismo Herodes). Sólo un discípulo de Aristides, *Damiano de Efeso*, tiene una biografía en las *Vidas*. De Adriano de Tiro, el más brillante alumno de Herodes, proceden *Pólux de Naúcratis*, *Apolonio de Naúcratis* (oyente de Cresto), *Apolonio de Atenas*, *Proclo de Naúcratis*, *Damiano de Efeso* (que no se limitó a las lecciones de Aristides), *Antípatro de Hierápolis* (alumno también de Pólux de Naúcratis), *Heráclides de Licia*¹¹, y *Quirino de Nicomedia*. Oyen las lecciones de Cresto de Bizancio además de *Atenodoro de Eno* (formado también por Aristocles), *Apolonio de Naúcratis* (que oye a Adriano), *Heráclides de Licia*, *Hipódromo de Lárisa* y *Filisco de Tesalia*. Pausanias de Cesarea imparte enseñanza retórica a *Eliano de Preneste* y *Aspasio de Ravena* (que también oye a Hipódromo de Tesalia, discípulo y a de Cristo de Bizancio). Pólux de Naúcratis es maestro de *Antípatro de Hierápolis* (también oyente de Adriano)¹².

El atractivo de Atenas no se limita a retenerlos mientras adquieren los saberes sofísticos. Algunos y no los peores abrieron en la ciudad escuelas privadas y ocuparon temporalmente las cátedras de retórica. Están al frente de las cátedras, *Loliano de Efeso* de la primera municipal, *Teódoto de Melite* de la primera imperial; *Adriano de Tiro* ocupa ya el sillón cuando llega Marco Aurelio en 176; *Pólux de Naúcratis* la consigue de Cómodo; sin precisiones mayores, gozan del mismo honor *Pausanias de Cesarea*, *Apolonio de Atenas*, *Heráclides de Licia*, *Hipódromo de Lárisa* y *Filisco de Tesalia*. Coincidiendo con Adriano enseña también en Atenas *Cresto*. Al mismo tiempo que Pólux lo hace *Ateno-*

11 Vide arriba.

12 Esto es, de las cuarenta y tres biografías de sofistas de época imperial sólo en diez no figura Herodes, sus discípulos o alguna indicación de la actividad sofística en Atenas. Por descontado, las giras de exhibición declamatoria de todo sofista famoso incluían a Atenas. No se ha tenido en cuenta esta suposición ni cuando tenía toda probabilidad, como durante la visita de Antioco de Egeas a Argos que testimonia la inscripción estudiada por L. Robert en *BCH* 101 (1977) 125.

doro de Eno. Proclo abandona su nativa Náucratis para instalarse en Atenas donde compró casas y pasó toda su vida dedicado a la enseñanza de la elocuencia.

A tantos profesorese ilustres¹³, celosos de su fama y siempre ávidos de éxito, hay que añadir la tropa respectiva de sus estudiantes, inquietos¹⁴, entusiastas¹⁵, prestos a tomar partido por sus maestros en la querellas que los enfrentaban con alguna frecuencia¹⁶. La fisonomía de Atenas en el s. II hubiera sido muy otra sin los miembros de la Segunda Sofística. La ciudad ejercía su hechizo convocador de los espíritus sustentados por el pasado cultural de Grecia, ahora vigorosamente renacido¹⁷, los encadenaba a sí con lazos sutiles. Se dice que la tumba de Onomarco de Andros estaba en Atenas. Y allí recibieron sepultura Apolonio de Náucratis, Fénix de Tesalia, Proclo de Náucratis y Filisco de Tesalia.

La biografía de Herodes, documentada y extensa, está compuesta con esmero, ocupa la cuarta parte de la extensión del Libro II¹⁸. Es la única de las de Filóstrato en que el hombre y sus vicisitudes oscurece al sofista. De tal modo, que la fracción en que Filóstrato valora su estilo y obras, parece, a primera vista, menguada en extensión e información. Se transparenta no obstante su entusiasmo por el estilo del sofista que es, en su opinión, el más eminente de todos los tiempos. Esta parquedad chocante de noticias en torno al quehacer sofístico de tan insigne maestro de elocuencia, en tanto que la vida pública y privada de Herodes han sido descritas con amplitud, es más aparente que real. Disponía de los discursos, cartas y tratados compuestos por Herodes, además de alguna biografía escrita y noticias de transmisión oral. Presentar todos sus datos reunidos hubiera convertido la biografía de Herodes en una unidad des-

13 Adriano y Aristocles, al menos, enseñaban en vida de Herodes. Con Heráclides se ensañan sus rivales Apolonio y Ptolomeo de Náucratis, Apolonio de Atenas.

14 Cf. el incidente frente a Filagro de Cilicia en II 8 p. 578.

15 Cf. II 5 p. 571 ss y II 10 p. 586.

16 Cf. I 25 p. 536.

17 No pocos hombres de letras se habían establecido ya en Atenas cuando lo hace Arriano, historiador y funcionario romano, cf. Bowie, o.c., p. 26.

18 Como la de Polemón respecto del conjunto de biografías del Libro I prescindiendo de los sofistas que no pertenecen a época imperial.

mesurada de la serie. Filóstrato se sirve en esta dificultad de un procedimiento que se le revela eficaz y que no utiliza sólo con el material que posee de Herodes: convierte en textura de otras biografías las noticias que han de complementar la personalidad de Herodes como sofista, su estilo, su trabajo con los alumnos que formó y contribuyeron a hacer grande su gloria y la de Atenas.

En la biografía de Escopeliano¹⁹ conocemos uno de los jalones importantes de su formación personal, el entrenamiento para el discurso improvisado que Herodes (y Filóstrato) valoraba muy alto²⁰, ocurrido con ocasión de una estancia de Escopeliano en Atenas ca. 117. De que esta iniciación en la práctica de la oratoria *ex tempore* se completó más adelante se nos informa minuciosamente en la biografía de Polemón²¹. Herodes, entonces *corrector* de las ciudades libres de Asia, busca al sofista de Laodicea para escuchar sus improvisaciones. Es considerable la extensión del pasaje que describe el encuentro de ambas personalidades, los sentimientos de Herodes, la postura incómoda de éste cuando Polemón no acepta la importante cantidad que le hizo llegar como emolumentos de sus declamaciones y cómo normalizó su relación cuando añadió un generoso incremento. La cortesía de Herodes que no quiso exponerse a una confrontación profesional. Su juicio sobre Polemón a quien admiró siempre profundamente, de cuya admiración es indicio la respuesta (que también figura en este pasaje) dada por Herodes al emperador Marco Aurelio cuando éste le pidió su opinión sobre el orador frigio. No es aquí la vez primera en que Filóstrato utiliza, reconociéndolo expresamente, la correspondencia de Herodes²². Ya lo había

19 Cf. I 21 p. 521. Acogido como huésped por el padre de Herodes, éste ordenó la lapidación de los bustos de los antiguos oradores e hizo a Escopeliano un espléndido regalo cuando oyó improvisar a su hijo delante del sofista de Clazomenas.

20 «Herodes apreciaba más el dominio de la elocuencia improvisada que su aureola de cónsul y descendiente de cónsules», cf. I 25 p. 536. Cosa semejante leemos en otros pasajes. En Roma, Aristocles oye las lecciones de Herodes sobre el discurso improvisado, cf. II 3 p. 567.

21 Cf. I 25 pp. 535-39.

22 Aquí usa las cartas de Herodes al cónsul Bárbaro, el personaje que se ha identificado como M. Vettoulenos Cívica Barbaros, cónsul ordinario en 157. Cf. S. Follet, *Athènes au II^e et au III^e siècle. Etudes chronologiques et prosopographiques* (Paris 1976) p. 36.

hecho al ocuparse de otro de sus maestros, Favorino, de quien fue Herodes amigo entrañable²³, «lo amaba como a padre y maestro» y «le escribía así: ¿cuándo te veré?, ¿cuándo podré libar la dulzura de tu boca?». Pero es en el pasaje mencionado de la biografía de Polemón donde repite con insistencia «dice Herodes», «dice Herodes», en un tono que nos aproxima frescas valiosas noticias para el conocimiento del sofista ateniense que no constan en la biografía de éste.

No sabríamos por su biógrafo que Herodes había enseñado en Roma²⁴ si no lo dijera, como de pasada, cuando habla de Aristocles de Pérgamo²⁵, con quien Herodes más tarde tuvo la delicada atención de enviarle a sus propios alumnos a escucharlo cuando se encontraba en Pérgamo. En la vida de Teódoto²⁶ ha incluido Filóstrato un dato interesante que debe relacionarse con los graves acontecimientos que enfrentaron a los atenienses y su más relevante ciudadano. Unas líneas escuetas nos hacen conocer la muestra de afecto del emperador para quien había sido su maestro²⁷. En efecto, la relación con Marco Aurelio después de las penosas tensiones que rodearon el proceso de Sirmio se hace de nuevo cordial al regreso de Herodes, ya anciano, de su apartamento voluntario en Orico²⁸. Según leemos en la biografía de Teódoto el emperador encomendó a Herodes la elección de los filósofos platónicos, estoicos, peripatéticos y epicúreos que habían de regentar las cátedras de filosofía, sufragadas por las arcas imperiales²⁹.

23 Cf. I 8 p. 490. Favorino, se dice aquí también, legó a Herodes sus libros, su casa de Roma y su esclavo indú Autolecito.

24 Uno de los períodos de su vida que Filóstrato silencia tenazmente. La actitud de los griegos de la época frente a sus dominadores solía ser de afectada ignorancia. Cf. B. P. Reardon, *Courants littéraires grecs des II^e et III^e siècles après J.C.* (Paris 1971) pp. 177 ss.

25 Cf. II 3 p. 567.

26 Cf. II 2 p. 566.

27 Desde antes de 143 y después de esta fecha, que es la del consulado de Herodes y Frontón. Herodes había sido maestro de Marco Aurelio. En una estancia anterior en Roma el sofista ateniense vivió en la casa del que luego sería emperador. Cf. P. Graindor, *Hérode Atticus et sa famille* (El Cairo 1930) pp. 66 y ss.

28 En II 1 p. 562-63 da Filóstrato lo que le parece prueba suficiente de la reconciliación, acudiendo al testimonio de Herodes en sus cartas.

29 Herodes estaría al frente de una comisión de expertos, cf. J. H. Oliver, *Marcus Aurelius, Aspects of civic and cultural policy in the East, Hesperia, Suppl. XIII*, (Princeton 1970) p. 80.

Aunque hay fallos de peso en el bosquejo de la humanidad total de Herodes, nos son accesibles algunos de sus rasgos en el trato con los sofistas visitantes de Atenas. Los leemos en las biografías que hacen el número cuatro y ocho del Libro II. Y en ambos casos conocemos la procedencia de la información: cartas de Herodes. Alejandro de Seleucia³⁰, anuncia a su llegada a Atenas que pronunciará discursos improvisados y enterado de que Herodes se hallaba en Maratón y de que la juventud toda lo había acompañado, le escribió una carta solicitando la presencia de sus alumnos. El sofista ateniense prometió que iría él también, como lo hizo, sólo que buscando un pequeño golpe de efecto se retrasó para llegar, ya adelantado el discurso, tocado con elegante sombrero arcadio. Hubo virtuosismo de uno y otro lado, cumplidos recíprocos y generosidad pródiga de Herodes³¹, detalles que nos permiten conocer al maestro y sus estudiantes de retórica en un ambiente de festivo esplendor. Durante la visita de Filagro de Cilicia³², en cambio, ocurrieron enojosos incidentes de los que se obtiene mayor evidencia acerca de la autoridad de Herodes y de la influencia de sus estudiantes que a su lado eran casi una institución. Uno de los helenos³³ irritó a Filagro y éste, sabedor de que «Herodes se encontraba en su mansión de las afueras de la ciudad le escribió una carta en la que le hacía reproches por descuidar los buenos modales de sus alumnos». Herodes respondió con otra, conciliador, aconsejándole ganarse la benevolencia de su posible auditorio. Es sabido que las cosas terminaron en un escándalo sonado. El enfrentamiento con los estudiantes constituye bastante más de la mitad de la biografía de Filagro.

Una de las más recias constantes de la vida de Herodes, su obstinada entrega al trabajo³⁴, se corrobora en la bio-

30 Cf. II 4 p. 571.

31 Complacido con los elogios de Peloplatón y porque era rasgo propio de su natural le regaló diez bestias de carga, diez caballos, diez escanciadores, diez taquígrafos, veinte talentos de oro, muchísima plata y dos muchachitos del demo de Colito porque había oído decir que Alejandro gustaba de las voces juveniles.

32 Cf. II 8 pp. 578 ss.

33 Quizá es Herodes el primero en llamar así a los estudiantes de elocuencia en las últimas etapas de su formación.

34 Cf. II 1 p. 585.

grafía de uno de sus alumnos³⁵, donde se nos abre un resquicio para conocer algún detalle de la organización interna de su escuela, la llamada clase del Clepsidrión³⁶. Consistía esta clase en lo siguiente: «De los discípulos de Herodes, diez, los de mayores méritos, asistían, además de a las clases comunes a todos, a una sesión especial que duraba tanto como tarda una clepsidra en medir el rato que se emplea en recitar cien versos y en la que Herodes hablaba todo el tiempo, sin permitir el aplauso de sus oyentes...». Usaba entre sus métodos de enseñanza hacer que sus alumnos escucharan a un orador afamado y luego solicitar un juicio acerca de lo que habían oído. Esto hace, se nos dice, después de escuchar a Alejandro de Seleucia su declamación titulada 'El que trata de hacer volver a los escitas a su anterior vida nómada, puesto que por vivir en la ciudad sufren quebrantos en su salud'. Cuando sus estudiantes poseían la preparación que estimaba adecuada, solicitaban una audición ante el maestro³⁷, que los escuchaba con disposición benévola y señalaba los puntos débiles³⁸.

Sobre el aticismo³⁹ de Herodes, aparte de su devoción por la lengua de Critias, sólo se encuentra una indicación decepcionante, por la total carencia de precisión, en la biografía de Aristocles de Pérgamo⁴⁰, cuyo «...aticismo, si se pone a prueba comparándolo con la lengua de Herodes, parecerá mostrarse en sutilezas nimias más que en verbo grandioso y sonoro». Conocemos del estilo de Herodes «el brío elocuente de su exposición»⁴¹, «la vigorosa acumulación de sus pensamientos» y los «ritmos de sus discursos más ricos

35 Adriano de Tiro, II 10 p. 585. Herodes había transmitido a sus discípulos su hábito de no desperdiciar siquiera el rato en que se reunían para beber...

36 Doy una traducción personal, que difiere de otras consultadas. Respecto a la relación del sofista con sus discípulos, cf. A. J. Papalas, 'Herodes Atticus and his Son', *Platon* 24 (1972) p. 247. Los estudiantes de Herodes representaban un elemento importante de su facción. Vivían con él en sus posesiones de Maratón. Comían, estudiaban y cazaban juntos.

38 Cf. II 10 p. 586. Adriano de Tiro, el joven improvisador de este momento, pronunció el elogio fúnebre a la muerte de Herodes.

39 Cf. II 1 p. 564 y I 16 p. 503.

40 Cf. II 3 p. 568, bien menguado comentario de quien ha sido considerado el creador del arcaísmo aticista, o al menos el creador de una escuela que lleva a su culmen esta tendencia surgida en época augustea. W. Schmid, *Der Atticismus in seinen Hauptvertretern* (Hildesheim 1964 = Stuttgart 1887-1896) no encuentra en la biografía de Herodes bases para su idea del aticismo.

41 Cf. I 25 p. 539.

en matices que los de la flauta y la lira»⁴² además del dominio de los recursos de actor que le permitían poner lágrimas en sus ojos en pasajes señaladamente patéticos⁴³.

Ni un título de una obra, ni un tema de declamación es citado en la descripción de su estilo. Filóstrato precisa en otros lugares que Herodes habló en Olimpia⁴⁴ y pronunció el discurso funeral de su maestro Segundo⁴⁵. En su repertorio figuraba el tema de *Los Trofeos*⁴⁶ que declamó en Atenas; allí también como correspondencia a *Los escitas* de Peloplatón⁴⁷ obsequió al auditorio con su muy celebrada declamación *Los heridos en Sicilia piden a los atenienses que se retiren de allí morir a sus manos*⁴⁸. El público lo aclamaba, transportado, y él lo agradecía con modestia reconociendo no ser inferior a Andócides y expresando su anhelo por igualar a Polemón⁴⁹. Lo superó, como a todos los demás del siglo II, en el número de sus alumnos que alcanzaron celebridad.

El autor de las *Vidas* ha conseguido distribuir su material sobre Herodes (seleccionado ya según sus particulares criterios) de tal modo que evita aumentar hasta extremos insoportables la desproporción que ya existe entre el tamaño de la biografía de Herodes y las demás del Libro II⁵⁰. De otra parte, la presencia continuada de éste en las dos porciones, los dos libros, de la colección, es un ingrediente destinado a conseguir, todo lo que permite una estructura en serie, la unidad narrativa del conjunto. A esta finalidad se subordina también la cronología imprecisa y la ordenación de las biografías en secuencia mediata, discontinua, de maestros y alumnos.

42 Cf. II 5 p. 573.

43 Cf. II 5 p. 574.

44 Cf. I 25 p. 539; II 1 p. 557.

45 Cf. I 26 p. 544.

46 Cf. I 25 p. 539. En él se daban argumentos para derribar los trofeos elevados por los griegos durante las guerras fratricidas del Peloponeso. Debía de ser pieza habitual de improvisación.

47 Cf. II 5 p. 574.

48 Cf. I 25 p. 539.

49 A las escuelas de Esmira acudían estudiantes de todo el imperio. Cf. I 21 p. 518 y II 26 p. 613. Los nombres de los sofistas que se forman y enseñan en Atenas acreditan idéntica variedad.

50 El mismo recurso utiliza en el Libro I para no desorbitar la biografía de Polemón, ya de por sí más extensa que ninguna otra de este libro. Cf. I 21 p. 524-525; I 22 p. 521; I 24 p. 529.

La vitalidad próspera de Esmirna y Efeso, las hermosas construcciones costeadas por este o aquel sofista que en ella tiene escuela, las sucesivas generaciones, de estudiantes de elocuencia que a ellas acuden, el ir y venir incesante de declamadores insignes⁵¹, ocupan también espacio notorio en las *Vidas*. En contraposición, un solo hombre ha cubierto a Atenas⁵² de construcciones inigualables, ha dado a sus fiestas un fausto que oscurece el del pasado. Las diferencias perceptibles respecto a la compleja realidad que llamamos Segunda Sofística entre las ciudades de Asia y Atenas no se miden por los caudales de sus sofistas ni por la caterva de estudiantes sin nombre. La gran mayoría de los que aspiraban a tenerlo —y muchos lo consiguieron— está en Atenas, la ciudad que puede ser considerada con justicia como «el centro del mundo griego también en el siglo II»⁵³ y después.

Filóstrato, que estudió en Atenas y enseñó en Atenas ha dejado en la *Vidas de los Sofistas* constancia fehaciente de la hegemonía cimera mantenida por Atenas y Herodes Atico en el desarrollo de la Segunda Sofística, el componente más perceptible y duradero de los que integran el revivir de la cultura griega en el siglo II d.C.

MARIA C. GINER SORIA
Universidad de Salamanca

51 Asia es un hervidero de elocuencia y Esmirna la ciudad que, más que ninguna otra, rinde culto a las musas de los sofistas, cf. II 26 p. 613.

52 No se omite en las *Vidas* la contribución de los emperadores en el resurgimiento de todas las ciudades griegas.

53 Cf. Bowie, *o.c.*, p. 26.